

sur, al muro de la qibla, guiándose por él como los peregrinos que emprendían el viaje ritual a La Meca».

Y llegamos así al séptimo capítulo: *El médico del califa*. La historia de un galeno de la judería cordobesa, Hasday ibn Shaprut, que se gana el favor de Abd al-Rahman III, constituye en este caso el pretexto escogido por el narrador para describirnos el ambiente de la ciudad en tiempos del primer califa andalusí, la primera mitad del siglo X. Dejemos por una vez a Muñoz Molina expresarse a sus anchas, en el que es primer gran brochazo de este nuevo episodio:

Tal vez sea cierto, como creían los árabes, que los nombres auguran el destino, y que el número tres expresa ciclos cerrados en el tiempo y en las generaciones. En cada uno de los tres siglos que reinó sobre Al-Andalus la dinastía omeya, hubo un emir que se llamó Abd al-Rahman. En el siglo VIII, segundo de la hégira, Abd al-Rahman el Inmigrado, el fundador, el proscrito; en el IX, Abd al-Rahman ibn al-Hakam, que edificó un estado tan cuidadosamente como coleccionaba sus placeres y sus libros; en el siglo X, el último y el más resplandeciente de la gloria de Córdoba, Abd al-Rahman al-Nasir lidin-Allah, *el siervo del Misericordioso, el que combate victoriosamente por la religión de Dios*. Más lacónicos, los cronistas cristianos le llaman Abd al-Rahman III. Para los musulmanes es, por antonomasia, al-Nasir, el vencedor. Cada uno de estos tres hombres que se llamaron igual y que compartieron a lo largo de doscientos años las mismas lealtades de la sangre restableció el poderío del Al-Andalus en el filo mismo de su destrucción. El primero encontró una provincia deshecha por la guerra civil. El segundo, un reino aterrorizado por la crueldad de su padre al-Hakam, aquel que ordenó el exterminio de los rabadíes de Córdoba. El tercer Abd al-Rahman, que subió al trono el año 912, había heredado el poder vacilante de su abuelo Abd Allah, a quien también le debía la circunstancia de haber nacido huérfano, pues el viejo emir no tuvo escrúpulo en ordenar el asesinato de uno de sus propios hijos, Muhammad, padre de su nieto y sucesor. Con el tiempo, tampoco al-Nasir rehusó el parricidio: un hijo suyo, por conspirar contra él, fue decapitado en su presencia. Pero eso ocurrió cuando ya no era emir, sino califa de Occidente, y vivía como un minotauro viejo y huraño en el centro del laberinto que construyó para sí y, tal vez, para la memoria de su concubina que se llamaba Azahar: la ciudad palacio de Madinat al-Zahra, que tenía quince mil puertas y cuatro mil trescientas trece columnas, y sobre cuyo arco de entrada dicen que había una estatua de mujer.

Su empeño constructor, no exento de capricho y megalomanía, su gran capacidad de mando, sus diecinueve años de guerrear sin tregua, sus espasmos despóticos y hasta sanguinarios agravados con la edad, su aislamiento y desconfianza de la vieja aristocracia tribal árabe y sus preferencias por una administración más manejable de eunucos y esclavos, su desafío al Sacro Imperio Romano y al califato de Oriente, «tal vez, no fueron sino la laboriosa máscara del miedo»; «tenía miedo de morir, de ser traicionado o vencido, de que la posteridad lo olvidase». La comunidad judía de Córdoba puso a su disposición el saber enciclopédico y los servicios de su hijo mejor dotado, Hasday, fisiólogo lector del *De antidotis* de Galeno y redescubridor de la pócima triaca que inventara Andrómaco de Creta. Como éste se había ganado el favor de Nerón, también Hasday obtuvo el altísimo honor de médico real en la deslumbrante corte de Abd al-Rahman, a la que vio llegar, entre otras embajadas complacientes, la enviada por Constantino VII Porfirogéneta desde Bizancio con un manuscrito en

griego de la *Materia médica* de Dioscórides. Eran días de prodigiosa buenaventura para la aljama hebrea de Córdoba —ocho generaciones seguidas de paz y absoluto respeto desconocidas en toda la diáspora—; pero también días de humillación y vasallaje para los reyes semibárbaros del norte peninsular, como Sancho I de Castilla o Tota de Navarra.

La torpeza risible de un mundo arcaico al norte, la civilización y el refinamiento mediterráneos al sur: es ya un cliché por algunos gustosamente exhibido, pero fundamentalmente verídico. Los reinos cristianos de León, Castilla, Navarra, Aragón y, ya menos, la Cataluña condal habrían podido hacer suyo —piensa uno— el *ethos* hesiódico de *Los trabajos y los días*; como también algunos rasgos del homérico, por cuanto que la épica castellana conoce ahora su alborar —un prometedor alborar de libertades estamentales y comunales—. Muñoz Molina altera el título de Hesiodo para describir una Córdoba nada ágrafa y toda ilustración: *Los libros y los días* es el antepenúltimo capítulo de la obra, una ojeada al mundo de la cultura y de la producción de la cultura, así como una reveladora visita a las bibliotecas cordobesas.

¡Bibliotecas! ¿Quién no ha medido la solera de una universidad, la cultura de una casa o de un país por el número y calidad de sus libros? Todo el acervo bibliófilo de los omeyas fue llevado a su más alta cima por el último gran representante y más culto miembro de la dinastía, al-Hakam II, a quien Lévi Provençal llamara «sabio impecable, mecenas fastuoso, amigo de las letras y de las artes». Cuatrocientos mil volúmenes albergaba su incomparable tesoro, al que su fervor y sus dispendios habían ido enriqueciendo con importaciones de lujo procedentes de El Cairo, Damasco, Bagdad, Constantinopla. Claro que esta nueva Alejandría de Occidente —también aquí coleccionar y epitomizar para no barbarizarse en un medio hostil— no existía tan sólo en el ánimo cultivado del califa, sino también en determinados sectores de la población cordobesa. Baste este cañamazo de datos: sesenta mil libros se editaban anualmente en la ciudad, ciento sesenta mujeres estaban consagradas a copiar manuscritos en un solo arrabal a finales del siglo X, un barrio entero cerca de la puerta de los Perfumistas reunía a los artesanos del pergamino, un cadí de renombre como Ibn Futais tenía una biblioteca en la que trabajaban permanentemente seis copistas y con una traza de panóptico que hubiese envidiado Jorge de Burgos, por no hablar de bibliófilos rebuscadores como al-Hadrami o calígrafas de filigrana de la fama de Fátima y Aixa.

Y, sin embargo, aquel esplendor de los omeyas no tenía muy lejos el ocaso. Nuestro autor lo dice al comenzar el último capítulo, *La ciudad arrasada*: «No hay un otoño de la grandeza de Córdoba, no hay una lenta curva de declinación, como en las postrimerías de Roma, un presentimiento gradual de fracaso: Córdoba se hunde de pronto como el sol en los trópicos, como Pompeya borrada por el Etna, como Sodoma y Gomorra y como la Atlántida, presa de una especie de castigo bíblico sin misericordia, de una desgracia súbita». La catástrofe estuvo precedida por un último episodio de bienestar interior y de afirmación militar frente a los reinos cristianos. En *El*

tirano benévolo se nos cuenta ese caso majestuoso del cisne, «el último centelleo de una mecha que va a extinguirse, tal como sucede a una lámpara que, estando a punto de apagarse, despide súbitamente un resplandor que hace suponer su encendido», según lo supo expresar Ibn Jaldún, meditador agudo sobre el auge y caída de los imperios.

El artífice de ello era conocido en nuestros textos de bachillerato por su apelativo romanceado, Almanzor. Él fue al comienzo tan sólo Muhammad ibn Abi Amir, luego autoproclamado al-Mansur billah, «el que vence por Dios», cuando ya había alcanzado el cénit de su poder. En realidad, desde el advenimiento de Hisham II en 976, el temido e incuestionable protagonista en la historia del califato. Un viejo califa embebido en sus libros y una princesa madre insatisfecha y seducida, primero; un heredero premeditadamente echado a perder por una educación blandengue y viciosa de serrallo, después: he ahí el sucesivo decorado en el que el advenedizo Muhammad conseguiría imponer su autocracia con inusitadas dosis de frialdad y de audacia, hechizando, sobornando, engañando, destruyendo inmisericorde a unos y a otros. Esta versión andalusí de Olivares y Godoy a un tiempo, este Pipino que reduce a una vida de convento al epígono merovingio, cobra en la pluma imaginativa y penetrante de Muñoz Molina un aire torvamente parecido a otro trepador que Ronald Syme retrató con inigualable maestría en *The Roman Revolution*: el Octavio vencedor de Antonio y posterior Augusto⁷.

Apuremos las comparaciones: también como el romano, Muhammad supo guardar las formas y no romper con la sagrada tradición del califato —una jaula de oro, pues, para Hisham en el alcázar cordobés—; al igual que el *princeps* de la *pax Augusta* y de las *Res gestae*, un nuevo caudillo militar que trae riqueza y seguridad para los súbditos del Al-Andalus y que sería recordado por todos con la nostalgia de una edad de oro. Al-Mansur, el tirano benévolo y opimo: ¿no ha sido siempre ésa la imagen de todo gran tirano preservada en la memoria popular desde los tiempos de Pisístrato y de su edad de Cronos? ¿No será también que estas civilizaciones fundamentalmente agrarias y llenas de reminiscencias primitivas y tribales no han olvidado en su fuero más interno la vieja matriz del rey como buen pastor, hacedor de la lluvia y depositario de la fuerza fecundante del grupo? Si Al-Mansur tuvo que combatir en su reforma del ejército contra la *asabiya*, la peligrosa solidaridad tribal de árabes y bereberes, era porque la vida del desierto estaba demasiado próxima, en el tiempo y en el espacio, para los habitantes del Al-Andalus.

A veces, sin embargo, la decadencia de un mundo está contenida y cifrada en el gesto de cansancio o en la palabra resignada de su hijo más cabal, y la llegada del otoño no es sino ilustración de aquel primer y secreto enunciado. Roma conoció, poco antes de la anarquía militar, un emperador que compendia toda la plenitud de la antigüedad clásica: Marco Aurelio, gobernante, soldado y filósofo, había ya descubierto que el esplendor comenzaba a desvanecerse en el pasado y que las promesas no se cumplirían nunca. Su hijo Cómodo lo patentizaría hasta la caricatura. Al-Mansur tenía poco de filósofo estoico, y su credo no excluía la quema de libros para congra-

⁷ La revolución romana, Edit. Taurus, trad. A. Blanco Freijeiro, Madrid 1989. Para un encuadre de esta obra, que debería leerse en inglés, pese a la magnífica traducción española, vid. V. Alonso Troncoso, «Desesperadamente ajeno: Sir Ronald Syme y *The Roman Revolution*», Estudios Clásicos, n.º 97, 1990, pág. 41-62.